

## PRESENTACIÓN

ANTONIO CANDIDO

### REGISTRO

La relación de Jorge Ruedas de la Serna con la literatura arcádica de Brasil es una historia de fidelidad. Con obstinación tranquila, conforme es de su índole, pero con sorda pasión, él viene hace muchos años estudiando a los árcades desde varios ángulos, habiendo producido estudios de valor que completaron y modificaron nuestro modo de ver. Incluso porque trajo una especie de mirar externo, que rectificó enfoques y viejos hábitos, casi prejuicios.

Tal vez por causa de una pose heredada de la fase de la independencia política y su deseo de singularidad, acostumbramos estudiar nuestro arcadismo con cierto nacionalismo latente y, al mismo tiempo, con algún exceso opuesto de cosmopolitismo. Así es que, de un lado, tendemos a investigar poco los vínculos con la matriz portuguesa, sin la cual el caso brasileño queda menos inteligible. Sabemos de eso, es claro, pero en la práctica empujamos el problema hacia la esfera de los subentendidos. De otro lado, prestamos atención a veces exclusiva a las fuentes francesas e italianas, de las cuales dependen obviamente tanto el caso brasileño como el portugués, pero que no deberían excluir la consideración obligatoria de éste. Con mucho

tacto, Jorge le dio el peso debido y, así, aireó el estudio del arcadismo brasileño.

Digo estas cosas para señalar cómo se situó correctamente desde el punto de vista histórico. Pero conviene destacar, además de eso, el convivio paciente y prolongado que mantuvo con los textos de los poetas, canalizando para su buen entendimiento lo que para muchos es, erradamente, accesorio: la biografía, la naturaleza de las relaciones, el lugar. Gracias a todas esas cosas se tornó conocedor profundo de nuestra literatura de la segunda mitad del siglo XVIII y pudo realizar lo que este libro muestra: una entrada creadora en su naturaleza más íntima.

Traducir es empresa difícil que no lo intimidó. Antes lo estimuló a enfrentar la intrincada limpidez de la obra de Tomás Antonio Gonzaga, transponiéndola a una lengua tan semejante que a veces parece la misma. ¿Eso facilita? Pienso que, al contrario, puede dificultar. De hecho, en el caso de los idiomas muy apartados el traductor queda más libre para reescribir el texto según el espíritu para el cual lo traslada. Pero en el caso de lenguas próximas una de la otra, es grande el peligro de caer en la traducción mecánica, pues el traductor puede satisfacerse con las equivalencias más obvias. En cambio, Jorge consiguió mantener el espíritu de los versos de Gonzaga y dar, al mismo tiempo, la impresión de que estamos leyendo algo escrito originalmente en español.

Para esa tarea movilizó un saber de conocedor de la obra del poeta, de su vida, de su tiempo, como podemos ver en la introducción y en las notas, elaboradas con la seguridad del erudito que no hace alarde pero tiene los pies firmes en sólida información. El mismo saber filtrado por el discernimiento literario le permitió captar de manera correcta la poesía de

Gonzaga, hecha de sufrimiento, orgullo, esperanza, pero también de gracia elegante y sentido de la belleza. Poesía que supo transformar el dolor y la pasión en comedia realizada formal, de un modo que la literatura perdió en parte después de la revolución romántica. Jorge sintió bien el raro equilibrio de esos textos trémulos de sensibilidad, pero contenidos por el decoro de las normas clásicas, combinación preciosa y difícil que tal vez constituya el mayor encanto de la *Marília de Dirceu* y que esta traducción preserva, tanto en los poemas ligeros, no rara vez frívolos, como en los de factura dramática.

Gracias a su trabajo, los lectores de lengua española podrán ahora fruir el encanto de esos versos, distantes en el tiempo pero aún vivos gracias a una feliz expresión que mantuvo su interés a lo largo de los años. Para concluir, diré que nada es más agradable para un amigo que registrar éxitos como éste.